

bien retratado en sus devotas obras, por lo que excuso hablar de él. Sólo diré que no pudiendo celebrar Misa en su ancianidad por motivo de sus graves dolencias, comulgaba sin embargo todos los días (1).

He aquí, pues, á los Santos Fundadores de las Órdenes Religiosas, con sus convincentes palabras apoyadas en la Fe, y con su ferviente amor á Cristo Sacramentado, originado únicamente de una gracia particular divina, ser un argumento solidísimo á favor del dogma Eucarístico.

(1) De su respectiva biografía por Ribadeneira.



CAPÍTULO VII

La Eucaristía, los Reyes y sus hazañas, debidas á este Sacramento

SUMARIO

- I.—El respeto de los monarcas á Jesús Sacramentado declara la creencia universal en este dogma.
- II.—Las victorias alcanzadas por los reyes que se encomendaron al Sacramento, demuestran la existencia de este Misterio.

Por mí reinan los reyes y los legisladores ordenan lo justo. Por mí mandan los príncipes y los poderosos decretan justicia» (1). He aquí la voz del Omnipotente que compendia en breves palabras la naturaleza del poder real, su objeto, su deber y sus aspiraciones. En efecto; siendo Dios el sumo Rey de lo existente y, habiendo concedido el universo á los hombres, necesario era que les dejara príncipes ó jueces en lo espiritual y temporal para que gobernasen las almas y los cuerpos respectivamente. Estos príncipes debían tomarse del mismo pueblo á fin de que, conociendo á fondo la naturaleza humana, obrasen con sus súbditos lo que desearan para sí y de ningún modo practicasen con ellos lo que para sí no apetecieran, ateniéndose en todos casos á la ley santa del Señor. Cierto es que todo cuerpo vivo ha de llevar firme cabeza; desvaneciéndose con esta sencilla idea los absurdos sistemas que hoy día pretenden introducir en las inteligencias muchos despreocupados, ignorantes ó malvados; por consiguiente, la sociedad, cuerpo vi-

(1) Prov. VIII, 15.

vo moral, debe reconocer á un director suyo, llámese rey, ó presidente que, sea cual fuere la forma de gobierno que admitiere, ha de gobernar según la ley de Dios. Siendo por lo tanto, concluyente que los reyes están puestos por Dios para gobernar á los pueblos en lo temporal, claro está que también deben en un todo ejecutar la voluntad del mismo Señor en las leyes secundarias que ellos formen para el bien de sus súbditos. Las leyes, en efecto, deben ser justas. Si lo son, no se derivan, como dice Santo Tomás, de la razón humana, sino de la Ley eterna, recibiendo de ésta la fuerza de obligar en el fuero de la conciencia. Así concebimos sin dificultad, añade Balmes, lo que es el poder, lo que es la sociedad, lo que es el mando, lo que es la obediencia. No reina sobre los hombres la voluntad de otro hombre, no reina su simple razón, sino la razón emanada de Dios, ó mejor diremos, la misma razón de Dios, la ley eterna, Dios mismo.

Por más que en los tiempos que atravesamos, los gobiernos generalmente dan mucho que desear, sin embargo, en todos tiempos han florecido fervientes y magnánimos príncipes que engastaron una perla más en el florón de las Iglesias militante y triunfante. De ellos, ¿qué alabanzas pronunciaremos que no las hayan merecido? Católicos en extremo, amantes de sus pueblos, amigos de sus súbditos, los monarcas cristianos procuraban en todos instantes la paz, la tranquilidad, la salud y la felicidad de los que les estaban encomendados. Practicaban justicia, premiando á los virtuosos y castigando á los delincuentes; y aunque alguna vez cometieran deslices en el manejo de su respectivo gobierno, les justificaba la recta intención y el cuidado que habían puesto para que los gobernadores subalternos practicasen la justicia como ellos. Llenas de heróicas virtudes están las biografías de los monarcas que descollaron en santidad. Nosotros trataremos aquí del amor y devoción que tuvieron á Jesús Sacramentado, ya que en algunos hay rasgos tan sublimes de caridad que son de admirar. Sus hazañas, especialmente las batallas que ganaron por mediación del Dios Sacramentado, no se deben pasar en olvido.

Peleaban en efecto por la Religión, por la Patria, por el Rey, por sus haciendas, por sus hijos, por sus pueblos, en una palabra; por la justicia. No se defendían con los aceros sino cuando injustamente eran atacados, y no atacaban sino cuando injustamente se violaban sus derechos. Su divisa era siempre la gloria de Dios, la que no posponían á ningún respeto humano; su honor, el debido respeto á Jesucristo en su honor, en sus sacramentos, en sus sacerdotes y en sus vírgenes venerandas; y su gloria, la propagación del Evangelio, la conversión de los infieles y herejes, la magnificencia del culto divino y la catolicidad de sus pueblos. Á esto atendían, esto procuraban y en esto empeñaban su ciencia, su virtud, su valor, sus riquezas, sus soldados, su nación entera.

Para tratar sin confusión este asunto, hablaré en primer lugar de la fina devoción y respeto de los santos reyes á Jesús Sacramentado, dejando para el lugar segundo, las ruidosas batallas que ganaron mediante el Santísimo Sacramento.

I.—El respeto de los monarcas, á Jesús Sacramentado declara la creencia universal en este dogma

La santa Misa era para los devotísimos reyes un motivo de recreación en el Sacramento santísimo. Cuando en los primitivos tiempos de la Iglesia, los fieles ofrecían el pan y el vino para la consagración, la Reina Santa Radegunda, no sólo los presentaba humildemente como los demás fieles, sino que ella misma amasaba el pan que había de ofrecer, y confeccionaba otros muchos para distribuirlos entre las iglesias pobres. De aquí se podrá venir en conocimiento de la reverencia que tendría al santo Sacrificio, pues no se desdenaba de emplearse en los trabajos manuales, siendo esto mismo causa y efecto á la vez de su ferviente devoción. La reina de Inglaterra María Clementina, no sólo asistía todos los días al santo sacrificio, sino que procuraba oír en un mismo día el mayor número de Misas posible. Estaba con tal devoción en el augusto Sacrificio, que parecía inmóvil y, siendo princesa tan esclarecida, no gastaba almo-

hadillas para arrodillarse. Su ferviente amor á Jesús Sacramentado hacía que le buscase continuamente, por lo que hallándose en Roma, mandaba al cochero hiciese correr los caballos á galope, con objeto de hallarse presente á tres ó cuatro reservas que se celebraban en los templos de la Ciudad Eterna. Esto cuenta S. Leonardo de Porto-Mauricio, quien añade, que él mismo trataba á dicha princesa y que aunque Dios Nuestro Señor no permitía le recibiera muy á menudo sacramentalmente, era para aumentarle aquella hambre que de Él tenía, mas no por esto perdió el mérito, sino que Dios recibió sus deseos por medio de la comunión espiritual que practicaba muchas veces. (1)

Asimismo, refiere el citado santo que conocía fuera de Roma á una gran princesa virtuosísima que además de oír todos los días varias misas, tenía ocupadas en su servicio unas doncellas, que empleaba muchas veces en el servicio de los altares, hasta el extremo de entregar cajones de corporales, purificadores y demás ornamentos que distribuía á los misioneros para que éstos los repartiesen á las iglesias pobres y necesitadas (1). En la devoción á la santa Misa, se esmeraba Santa Eduvigis, duquesa de Polonia, quien asistía á todas las que se celebraban desde la salida del sol hasta medio día (2). En la misma devoción se deleitaba Santa Isabel, reina de Hungría, asistiendo con el mayor anhelo á la misa cuantas veces podía. Mas es de notar su fervor y respeto á Jesús Sacramentado, porque aunque era dignísima reina, sin embargo, considerándose indigna y esclava ante el Dios de toda majestad, deponía su corona, quitábase las sortijas y permanecía envuelta en un velo, acción que fué confirmada por el cielo con prodigios, pues, estando de la manera referida al tiempo de la celebración, se vió rodeada de una luz resplandeciente que deslumbraba los ojos de los demás, pareciendo más ángel que persona humana (3).

(1) Tesoro Escondido, cap. 3, § I.

(2) Brev. Rom. 17 Ochr. Lec. 4.

(3) Tesor. Escond. cap. 3, § II.

Aquel «gran rey entre los santos y gran santo entre los reyes», como llama S. Francisco de Sales á S. Luis rey de Francia, era más que devotísimo de la Eucaristía. Tenía tal fe en la real presencia de Jesucristo Sacramentado, que cierto día, habiéndose aparecido el Niño Jesús en las manos del sacerdote que celebraba misa en la capilla real, corrieron á decirle si gustaba de ver un milagro que todos los circunstantes contemplaban atónitos. Entonces el santo rey contestó muy tranquilo: «Vaya á verlo quien no crea, ó dude en la fe, que yo no necesito ningún milagro para creer firmemente que Cristo está presente en la Eucaristía» (1).

Cuando en Túnez fué tocado de la peste, no cesó de solicitar con mucha instancia el adorable Viático; se le concedió, y después de recibirle con gran fervor, extendió los brazos en cruz, y, clavados los ojos en el cielo, exclamó todo abrasado: «¡Ay Señor, yo entraré en vuestra casa, os adoraré en vuestro santo templo y alabaré vuestro nombre», con lo cual murió aquel cristianísimo monarca (2). No fué menor el admirable ejemplo que dió el ilustre S. Fernando de Castilla. Cuando en su última enfermedad entró el Santísimo Viático en la habitación del monarca, éste, ya moribundo, se arrojó en tierra y, postrado en ella con profundísima humildad, mandó sacar de la sala todas las insignias reales, denotando con esto que ante la Majestad divina quedan oscurecidos los reyes de la tierra, y luego adorando al Señor, le recibió con aquel, mismo fervor, ó aun si cabe más que el que tenía cuando le recibía por devoción en la Iglesia (2).

Postrado ante el Tabernáculo de la Iglesia de S. Albano, después de haber recibido á Jesús Sacramentado y los demás sacramentos, y, rogando por sus enemigos, murió S. Canuto IV, rey de Dinamarca, atravesado de una aguda lanza que le clavaron sus enemigos (3).

La devotísima reina de Castilla D.^a Isabel la Católica, era sumamente edificante al recibir la Comunión, la cual fre-

(1) In vita ejus.

(2) Práctica del amor de Dios, lib. 7, cap. 9.

(3) Brev. Rom. Franc. 19 Enero, Lec. 4.

cuentaba muy á menudo. El gran rey Felipe II andaba en las procesiones del Sacramento con la cabeza descubierta. Sucedió que en una de ellas, le suplicaron se la cubriese (de alguna manera) por el excesivo calor del sol, á lo cual respondió: «Este día no hace mal el sol», ejemplo que copió de su católico padre el emperador Carlos V, quien solía decir «que ni el sol del día del Corpus, ni el sereno de la noche de S. Juan (1) ofendían á nadie». Ambos reyes fueron devotísimos de la Eucaristía. Carlos V, desengañado del mundo y de sus vanidades, abdicando el imperio de Alemania á favor de su hermano Fernando y los Países Bajos y el reino de las Españas en su hijo Felipe, se retiró al monasterio de Yuste para acabar sus días. En esta soledad practicaba vida de monje, asistiendo á los oficios divinos, comulgando y oyendo misa con toda devoción como si fuera un religioso. Felipe, que heredó de su padre con el reino, la devoción y el acendrado catolicismo, no podía hacer menos.

He ahí por que no puedo pasar en silencio un hecho notable que revela el profundo respeto que Felipe II tenía al augusto Sacrificio y á los sacerdotes que lo celebran. Hallábase en el Escorial, el monarca y su hijo, el príncipe D. Felipe, y entrando ambos en la sacristía encontraron un sacerdote, religioso de S. Jerónimo, que se revestía para celebrar. Al punto mandó el rey á su hijo compusiese el alba al ministro de Dios y le ayudase á vestirse los demás sagrados ornamentos. Obedeció el augusto príncipe; mas como (2) estaba algo distraído, permaneció con la cabeza cubierta. Entonces el rey que lo observaba, llamó la atención de su hijo, diciéndole: «Príncipe, ¿sabéis lo que estáis haciendo? Inmediatamente éste se descubrió, y prosiguió ayudando al religioso. Cuando Felipe II veía á un sacerdote que salía de la sacristía, después de haber celebrado misa, al punto descubría con veneración su real cabeza; y, preguntándole la causa de semejante respeto, extremado á los ojos de los hombres, contestaba sin ningún género de simulación que

(1) Vida ó Juicio verdadero de Felipe II, por Fernández Montaña.

(2) Nieremberg. Obras filosóficas, tom. 3, folio 268.

consideraba «al sacerdote que acababa de decir la misa como á relicario y custodia de Cristo, cuyas Especies sacramentales aun duraban sin corrupción en su pecho, y que por eso le hacía aquella reverencia» (1).

II.—Las victorias alcanzadas por los reyes que se encomendaron al Sacramento, demuestran la existencia de este Misterio.

Hasta aquí hemos observado los rasgos de humildad y amor de los reyes hacia Jesús Sacramentado. Creo por lo tanto haber mencionado lo bastante para dar una idea clara de mis propósitos. Fáltanos ahora indicar lo concerniente á las batallas, en las que los soberanos proclamaron por su mayor defensor al Sacramento Santísimo.

Si se considera la virtud que la Eucaristía confiere contra las tentaciones carnales y diabólicas; si se pondera la energía que prestó á los mártires para arrostrar los tormentos; si se admira la fortaleza que ha concedido á innumerables santos para vencer un sinnúmero de dificultades y peligros, no se extrañará que por virtud de Ella los ejércitos cristianos en general hayan conseguido grandes victorias. Para convencerse de esta hermosa verdad, no hay más que aducir á este lugar la historia, aunque sea en compendio, de algunas tremendas luchas seculares.

En efecto: antes del combate que el cristianísimo Constantino trabara con el terrible Majencio, Constancio, hijo de aquél, exhortó vivamente á sus soldados á que recibiesen la Santa Eucaristía. Así lo ejecutaron, y empezada la lucha que terminó con la batalla decisiva de Puente Milvio, quedó ahogado Majencio y desbaratados por completo sus militares, triunfando la Cruz de los estandartes romanos (2).

La célebre victoria de Clavijo obtenida en 834 por el cristiano Ramiro I, contra los sarracenos, no debe menos su gloria al Santísimo Sacramento. Decidida la horrible lucha primero por los moros, no se acobardó el católico príncipe, quien

(1) Nieremberg. folio 266 de su citada obra.

(2) Teodoro.

lleno de confianza, clamó de todo corazón al Dios de los ejércitos para obtener su auxilio. Aparecióse entonces el Apóstol Santiago, ordenando que confesasen y comulgasen todos los soldados, prometiéndoles que un ginete montado en caballo blanco como la nieve precedería las huestes y ahuyentaría los musulimes. Así sucedió en efecto: los cristianos se arrojaron formidables sobre sus enemigos invocando al Omnipotente y al apóstol Santiago y vieron con asombro al valeroso ginete que con aguda y reluciente espada cortaba por doquiera innumerables cabezas de sarracenos. Al día siguiente yacían difuntos en el campo 70.000 moros.

Debiendo librar Otón, rey de Germania, una batalla contra los húngaros, mandó que antes de proceder al combate, confesasen y comulgasen sus soldados. Efectivamente, oró el pueblo para obtener de Dios la victoria; se dijo Misa en el campamento y comulgaron los valientes militares. Armados con tan fuerte escudo, se arrojaron sobre los húngaros y los derrotaron por completo (1). El mismo historiador que narra este hecho, refiere también que, habiendo los sarracenos, venidos del África, atacado á Mesana, se detuvieron algunos días por los alrededores de esta Ciudad, efecto de la natural resistencia de los sitiados. Entonces Catacalo, general de las tropas del emperador Miguel, ordenó se celebrase el santo Sacrificio y que, comulgando todo el ejército, pusiese su entera confianza en el patrocinio del Altísimo. Preparados así los de Mesana, abrieron sus puertas cuando los musulmanes estaban tendidos en tierra, efecto de la crápula, y arremetiendo contra ellos los destrozaron (2).

Célebre fué también la batalla que los cristianos suizos emprendieron contra los austriacos. Confiados aquéllos en el Dios que puede conceder la victoria, cual nuevos israelitas, llevaron consigo al campamento la Custodia del Santísimo. Después de haber orado y recibido los sacramentos, comenzóse la reñida lucha, mientras que un fervoroso sacerdote mantenía en alto la sagrada Eucaristía. Al punto deci-

(1) Baron. ann. 975.

(2) Baron. 1040 an. id. Lo cuenta Corrolopatá.

dióse la victoria por los que poseían á Jesús Sacramentado, quienes derrotaron á sus enemigos, llevando el memorable nombre de Laupen, el terrible combate (1).

Si famosas han sido todas estas batallas, celeberrima fué la que los cristianos españoles dieron en las Navas de Tolosa, contra los sectarios del Corán (2). Había «un ejército innumerable, dicen las crónicas musulmanas, como de langostas esparcidas en bandas que cubría montes, campos, llanos y profundos valles, desembarcado en Andalucía en 1210»; ejército poderosísimo que se componía ciertamente de 300.000 soldados y 160.000 voluntarios, mientras que el de los cristianos constaba sólo de 115.000 hombres poco más ó menos. La noche precedente al día de la batalla aguardaban silenciosos nuestros campeones en el monte, cuando á eso de las doce la sonora trompeta hizo señal para que el ejército confesase y se preparase lo mejor posible. Al romper el alba se celebró la santa Misa y comulgaron la mayor parte de los soldados, recibiendo los demás la bendición del arzobispo. Confortados con la santa Comunión y la confianza en Dios, rompió la formidable lucha, que siendo al principio desfavorable á los cristianos, el rey, todo temeroso dijo al arzobispo que iba á su lado: Vaya, arzobispo, aquí moriremos nosotros. —De ninguna manera, ó rey, moriremos, añadió D. Rodrigo, antes al contrario, felizmente venceremos. —Pues vayamos aprisa, repuso el rey, á socorrer á los de la primera haz que están en grande aprieto. —Dios os dará la victoria, contestó el arzobispo, y si otra cosa ordenare, todos moriremos con vos. Desde este punto cambió de aspecto el combate. Avanzaron los cristianos, y se dieron á la fuga los moros, después de haber dejado éstos en el suelo 200.000 hombres entre muertos y heridos.

En otra memorable ocasión dió á entender el ejército cristiano, una vez más, lo que puede contra los fanáticos musulimes con el auxilio del Altísimo. Era el año de 1340, y una nueva invasión de moros africanos compuesta de 400.000 in-

(1) Histor. por César Cantú.

(2) 16 de Julio de 1212.

fantes, y 70.000 caballos ocupó la parte baja de Andalucía. Alfonso XI de Castilla reunió un ejército muy inferior al de aquéllos, pero puesta la confianza en Dios, marchó á encontrarse con el ejército sarraceno, junto al río Salado, sobre Tarifa. El cuadro que presentaban los cristianos era muy semejante al de la anterior batalla. Junto al rey se hallaba el arzobispo de Toledo, y un legado del Pontífice ostentaba enarbolado en sus manos el Lábaro de la Redención; pero se encontraban desposeídos de un fortísimo auxilio. Entonces el arzobispo de Toledo celebró en la tienda real el Santo Sacrificio de la Misa, y dió la Comunión á los reyes de Castilla y Portugal y á una gran parte de las tropas. Dióse después el aviso del combate, y empezó éste con tanto ánimo y valor de parte de los cristianos, que por la noche yacían en el suelo 200.000 musulimes, según nuestras crónicas.

Ejemplos bellísimos nos legaron asimismo los cruzados en la conquista de Tierra Santa. Guiados éstos por la gloria del Redentor, determinaron rescatarla de la perfidia de los mahometanos, con el fin de que en ella, teatro de la predicación, de los tormentos y muerte de Jesús, no hubiese más que adoradores del Salvador. Los cruzados, antes de entrar en la lucha con los enemigos de Cristo, confesaban y recibían la Santa Eucaristía. Ésta era su principal fortaleza, no ignorando que el que pelea por la causa del Señor y no confía en sus fuerzas, sino en las de Dios, pero tampoco le tiente, yendo desprovisto de los medios humanos, consigue la victoria. Entre este género de episodios bélicos merece especial mención el que vamos á referir.

Después que los cruzados ganaron á Antioquía, pensaron conquistar á Jerusalén, pero estaban desprovistos de tropas. Aprovechóse de esta ocasión el califa Fatimita de Egipto que procuraba la benevolencia de los cruzados por temor á que atacasen sus ciudades, y así les ofreció auxilios para la conquista. Al efecto, envió un considerable ejército que tomó á Jerusalén, pero en vez de cumplir lo pactado con los cruzados de que reinarían sobre ella, quiso quedársela él, alegando que los turcos la habían arrebatado á sus

padres, cuarenta años antes, y que á los cristianos les era suficiente el que pudiesen gozar de libertad para visitar los santos Lugares. Exasperados los cristianos con semejante respuesta, determinaron apoderarse de la Ciudad Santa á viva fuerza, contando siempre con el auxilio de lo alto. Desproporcionados eran ambos ejércitos, porque mientras el del califa constaba de 40.000 hombres escogidos, el de los cruzados era de 20.000 soldados de á pie y 1.500 de á caballo; á más de que el musulmán tuvo tiempo suficiente para fortificar la plaza y proveerla de todo lo necesario. Sin embargo, los nuestros confiaron en el Señor de las batallas. Celebróse el Santo Sacrificio de la Misa; comulgaron todos y, armados con tan seguro baluarte, el viernes, 15 de Julio de 1099, asaltaron á Jerusalén. Su victoria era completa; las cabezas de los turcos rodaban por el suelo, y los cristianos, entonando himnos de bendición á Jesucristo, pasearon triunfantes la Ciudad deicida.

Admírense semejantes prodigios de valor, y considérese si se deben más á las industrias humanas ó al auxilio de Jesús Sacramentado. No hay lugar á duda que juzgados estos formidables casos con sana crítica, deben la mayor parte, ó el todo de su logro á la intervención del Divino auxilio. Es cierto, en efecto, que los combatientes desconfiaron de sí propios en las mencionadas guerras y pusieron toda su esperanza en el que puede derrotar millares de ejércitos sin ayuda de las fuerzas humanas. Su especial medio de conseguir completa victoria era la Santa Eucaristía «que, según S. Juan Crisóstomo, es la fuerza de nuestra alma, el nervio del espíritu, el lazo de la confianza, el apoyo, la esperanza, la salvación, la luz y la vida del hombre» (1). Por eso, los príncipes cristianos ordenaban á sus soldados que antes de entrar en acción oyesen Misa, confesasen y recibiesen el Sacramento de nuestros altares. ¿Acaso era esto una mera fórmula? De ningún modo, ya que estaban del todo convencidos que la Sagrada Eucaristía les había de proporcionar

(1) Homil. 24 in I ad. Cor.

fuerzas más que suficientes para obtener la victoria. ¡Oh, si los príncipes cristianos de nuestros tiempos no confiaran tanto en los cañones y fusiles y en el número de soldados cuanto con la limpieza del corazón y la esperanza en Dios! ¡Oh, si tuviesen una poca más de confianza en Dios y desconfianza de sí mismos y, rogando al Altísimo y humillándose ante Él, procurasen portarse en las batallas como buenos cristianos! ¡Cómo andarían mejor las cosas...!

Mas ¿qué consuelo no encontraron algunos reyes en la Eucaristía? Roberto, rey de Francia, creyendo que todo su bien y felicidad provenía de Ella, hacía preparar una excelente carroza en la que colocaba reverentemente el Santísimo Sacramento, y la llevaba en sus expediciones. Con profunda humildad le dirigía frecuentes y fervorosas súplicas para obtener de su Divina Majestad los bienes espirituales y temporales que necesitaba. Cuando vino de Tierra Santa el rey S. Luis, (1) obtuvo especial licencia del legado apostólico para colocar en su nave la Santa Eucaristía, con el fin de administrarla á los enfermos y también para su consuelo. No se puede describir el gozo con que recibió semejante permiso. Erigió un altar, le cubrió con paños de seda y oro y en el centro puso un tabernáculo que contenía al Señor Sacramentado. Delante de Él, todos los días se cantaba dulcemente el oficio divino, y se celebraba la misa; (2) y añade un autor (3) que este mismo rey la llevaba en todas las expediciones de Ultramar, lo cual es muy verosímil atendidas la licencia que poseía y su irreprehensible conducta.

Pero basta sobre el presente asunto; admiremos las referidas acciones de los cristianos reyes, pero no dejemos de imitar su conducta en aquello que nos sea conveniente, y tengamos presente que el respeto de los monarcas al Sacramento del Altar y las completas victorias que por Él ganaron, prueba que en este Sacramento se halla Jesucristo que puede causar efectos semejantes.

(1) 1.^a Cruzada.

(2) Gaufrido, in vita S. Ludovici, cap. 29, et Baron. anno 1254, n.º 14.

(3) Gaume.



CAPÍTULO VIII

La Eucaristía y los escritores ascéticos.

Semejantes á la intrépida águila que, elevándose por los aires, tiende á remontarse á las regiones más puras del espacio, los escritores ascéticos, con sus inspiradas plumas, propendieron en todos tiempos á engolfarse en la perfección y sublimidad de la Religión santa. Transportados en dulce contemplación de los asuntos divinos, sus palabras, convertidas en agudas saetas, penetraron en lo más íntimo del corazón humano para moverle y convertirle al Señor. No se diga, no, que las frases de los ascetas son bajas, que su estilo es monótono y pesado y que son rigurosos en sus sentencias; porque ninguna de estas tres afirmaciones es cierta si con recta crítica se juzgan sus escritos. Sus frases no son bajas, porque si en nuestros días algunas lo parecen, no lo eran en el tiempo en que sus autores escribieron; y en esta parte no sufren mejor suerte los escritores profanos; por el contrario, poseemos escritores ascéticos que en nuestros tiempos pasan todavía por clásicos. Si se tiene perfecto conocimiento de lo que es la doctrina ascética, cuál es su objeto, qué es lo que pretende, y á qué personas se dirige, no se afirmará que el estilo que adoptaron sus autores es monótono y pesado; porque si la doctrina ascética consiste en el tratado ó tratados que se ocupan de la perfección cristiana, yo creo que para hablar del asunto de más transcendencia que existe en el mundo, cual es el de la santidad del alma,